

Prensa, pueblo y literatura
Una guía de consumo

Juan Ignacio Pisano
María Vicens
(editores)

NJ
Editor

**JUAN IGNACIO PISANO
Y MARÍA VICENS**

EDITORES

**PRENSA, PUEBLO
Y LITERATURA**
UNA GUÍA DE CONSUMO

**NJ
EDITOR**

Prensa, pueblo y literatura : una guía de consumo / Juan Ignacio Pisano... [et al.] ; comentarios de Inés De Torre ; editado por María Vicens ; Juan Ignacio Pisano. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : NJ Editor, 2020.

Libro digital, PDF - (Asomante / 10)

Archivo Digital: online

ISBN 978-987-47861-1-1

1. Ensayo Literario. 2. Crítica Literaria. I. Pisano, Juan Ignacio, ed. II. De Torre, Inés, com. III. Vicens, María, ed.

CDD 809.04

Comité de evaluación

Adriana Amante, Pablo Ansolabehere, Valeria Añón, Graciela Batticuore, Beatriz Colombi, Nora Domínguez, Roberto Ferro, Gustavo Lespada, Celina Manzoni, Isabel Quintana, Adriana Rodríguez Pérsico, Guadalupe Silva, Noé Jitrik, Vanina Teglia, Loreley El Jaber.

Este volumen se publica con el apoyo de la
Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica.

Coordinación editorial: Pablo Martínez Gramuglia

Edición: María Fernanda Pampín

Diseño de tapa: Luz Valero

NJ Editor

25 de mayo 221, 3° piso

1002 – Buenos Aires – República Argentina

Tel: (54-11) 5287-2630

e-mail: ilh@filo.uba.ar

NARRAR BOLIVIA

ALICIA ORTIZ, CARLOS DUJOVNE Y LA REVOLUCIÓN¹

Ximena Espeche

Narrar Bolivia fue un problema político-ideológico, de orden discursivo y literario, y de reconocimiento intelectual y político: ¿qué y cómo explicar desde la capital argentina las condiciones particulares de una revolución como la de Bolivia en 1952? ¿Por qué era necesario explicarlas? Los escritos de la pareja Alicia Ortiz y Carlos Dujovne son un mirador privilegiado para comprender las disputas por estabilizar los sentidos de una revolución en el marco de la Guerra Fría, antes de que la Revolución cubana de 1959 actuara como referencia *sine qua non*.

La escritora Alicia Ortiz viajó a Bolivia a fines de 1952 y escribió un libro de viaje, una crónica de los hechos, donde contó su experiencia y que publicó con el título de *Amanecer en Bolivia*. Carlos Dujovne fue asesor del vicepresidente revolucionario, Hernán Siles Suazo del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), y en la Comisión de Coordinación y Planeamiento entre 1954 y 1956. Habría llegado a ese puesto gracias al intelectual boliviano Fausto Reinaga, a quien no conocía personalmente sino por cartas, a pesar de que este último estuvo exilado en Buenos Aires entre 1946 y 1949.² El libro de Ortiz y la correspondencia disponible entre Reinaga, Ortiz y Dujovne es un prisma excepcional para explorar cómo

1 Esta es una versión ampliada del trabajo “Tan lejos, tan cerca: Alicia Ortiz y la revolución boliviana de 1952” (Revista *Ex Libris*, en prensa). La documentación de Dujovne-Ortiz que generosamente Alicia Dujovne me ha permitido ver, y que tiene los problemas relativos a una selección realizada por un miembro de la familia, está constituida por una serie de copias de cartas de Dujovne a Fausto Reinaga fechadas entre 1953 y 1956; de cartas de Dujovne a Alicia Ortiz y a Alicia Dujovne en 1954; de una carta de Alicia Ortiz a su madre en 1955. Agradezco las lecturas y valiosos comentarios de los/as editores de este volumen, y en especial a María Vicens a quien debo las palabras del comienzo.

2 José Félix Reinaga, intelectual quechua-aymara, fue abogado, escritor, diputado de la Constituyente durante el gobierno de Gualberto Villarroel y luchó en la revolución del '52. Participó en la publicación *Rumbo Sindical* y en la revista *Abril*. Se convirtió en uno de los más importantes referentes del indianismo.

una y otro analizaron esa revolución –que había sido además muy vinculada al peronismo en la Argentina– *traduciéndola*: expusieron el sentido de las categorías que se habían puesto en juego para explicarla como, por ejemplo, totalitarismo, democracia y comunismo, y apelaron para ello a una serie de caracterizaciones del *pueblo* que la habría hecho posible. Como aseguró Rafael Rojas para la Revolución cubana, se sometió a traducción tanto una cultura cuanto un proyecto político en un período signado por la tensión ideológica de la Guerra Fría (Rojas, 2016: 16).

En su libro, Ortiz repitió los gestos muy transitados en la literatura de viajes respecto de cómo contar el encuentro con lo “otro” (Pratt, 1997; Colombi, 2006). En este caso, se trataba de una revolución en un país cuya población mayoritaria era, como aclaró Ortiz, “indígena”. Desplegó una serie de similitudes y diferencias entre ambos países (Argentina y Bolivia; el Movimiento Nacionalista Revolucionario y el peronismo), que incluyeron la tematización de las fronteras políticas y sociales. Dujovne, en la correspondencia con Reinaga, explicó las características especiales que tendría *esta* revolución en la historia latinoamericana y mundial, comparada entre otras con la soviética. Por otro lado, se preguntaron cómo esta revolución podría sostenerse en el tiempo, y en qué medida era central el manejo de la información y la formación de la opinión pública vía la educación. Y, finalmente, el libro y el diálogo entre Dujovne y Reinaga, y la insistencia de Dujovne en su pasado militante, funcionaron como legitimadores de una posición ya fuera en el ámbito de la militancia y/o de la gestión cultural vinculada a la acción política.

Hoja de ruta: el PC y después

Carlos Dujovne (Colonia Carmel, 1903-Buenos Aires, 1972) se afilió al comunismo en 1920 y viajó a la URSS ocho años después. Allí estudió y se recibió de Doctor en Ciencias Sociales en la Universidad Estatal de Moscú, trabajó como traductor de Barbusse y en 1928 participó de la Sección Latinoamericana de la Internacional Sindical Roja (Profintern). Viajó por Uruguay, Perú y Chile como representante de la Internacional Comunista, en una actuación entre legal y clandestina en torno de, entre otras cosas, el asesoramiento sindical en dichos países (Ulianova, 2008; Petra, 2017). En 1932 regresó a

la Argentina y en 1938 ingresó al Comité Central del partido comunista. Al año siguiente y hasta 1943 fue el creador y factótum de la editorial *Problemas*. La clausura de la editorial con el golpe militar de 1943 y encarcelamiento en un penal hasta 1945 puso fin a un actor fundamental en la difusión de la cultura soviética en América Latina. La segunda etapa de la editorial duró desde la salida de la cárcel hasta 1948, año en que renunció al Partido Comunista (Petra, 2012). Fuera de la protección partidaria, se dedicó a la actividad privada, hasta que viajó a Bolivia para ser funcionario del nuevo gobierno de la revolución, como asesor del vicepresidente Ziles Suazo entre 1954 y 1956 (Cruz, 2010: 118).

Alicia Ortiz (Buenos Aires, 1909-1984) conoció a Dujovne en el marco de las actividades realizadas por el PC. Estudió la carrera de Letras en la Facultad de Filosofía y Letras y también se formó en el Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES). Publicó varios ensayos y artículos en revistas como *Cursos y conferencias* (en 1936 y 1939), *Argentina de Hoy* (1951-1955), esta última apoyada por el gobierno peronista. Según Carlos Herrera, solo publicó reseñas y traducciones que le daban un tinte de escritora “más tradicional y menos polémica” que otras plumas en la misma publicación (Herrera, 2014: 134). En Bolivia, colaboró con la revista *Rumbo Sindical*, dirigida por Reinaga.³ Ortiz se reconocía como feminista y sus elecciones en la formación superior y su adscripción al comunismo irían en ese sentido (Plante, 2011), como así también las referencias a la participación femenina en el proceso de la revolución boliviana: las mujeres no eran una nota de color sino un actor indispensable (Ortiz, 1953: 39).

3 Como “Alicia Ortiz Orderigo” publicó “Turgeniev”, *Revista del CLES*, 1936; “El Realismo en la novela Rusa”, *Revista del CLES*, 1939; *La mujer en la novela rusa*, Cronos, 1940 y *Problemas*, 1942; *La mujer en la novela rusa*, Siglo XX (Segunda edición); *Stefan Zweig. Un hombre de ayer* (BA, Nova, 1945), tradujo del escritor y crítico de arte francés Marcel R Brion, *Bartolomé de las Casas, padre de los indios* (BA, Futuro, 1945; con prólogo de Rodolfo Puiggrós); “Los cuentos de Guidño Kramer”, *Revista Davar*, 1947; *Sinclair Lewis*, Buenos Aires, Perlado, 1949; *Las novelas de Enrique Amorím*, Coepla, 1949; *Una visita a Europa*, 1950. Como “Alicia Ortiz”, además de *Amanecer...* publicó *Por las calles de Italia* (Hemisferio, 1953), *Infancia entre dos esquinas* (Buenos Aires, La Reja, 1956) y *Dos siglos de literatura europea*, Tomo I a XI (México, Cajica, 1973). Se supone que existen, inéditos, los tomos XII a XX.

Dujovne y Ortiz se habían alejado del Partido Comunista alrededor de 1948, en desacuerdo con la posición asumida el líder partidario Victorio Codovilla acerca del peronismo. En una carta al dirigente comunista Héctor P. Agosti en noviembre de 1952, Ortiz aseguró que bajo el peronismo “no íbamos al fascismo” aunque tampoco le complaciera confraternizar con el Sindicato de Escritores Peronistas (cfr. Petra, 2018: 163). Otro tanto aclaró Dujovne (1953b, s/p): el comunismo boliviano había colaborado con la persecución “y hasta en las masacres contra el MNR y los trabajadores” y, aun así, “conviene no confundir al gamonal *enragé* con el intelectual revolucionario y, a veces, marxista, que no ha interpretado un momento difícil, complejo y oscuro de la revolución boliviana”. El comunismo boliviano había creído ver en el MNR “un peligroso movimiento nazifascista en los momentos en que todo el mundo democrático burgués y proletario estaba empeñado en una sangrienta lucha contra la barbarie nazi”. Error por el que también “hemos pecado los argentinos y el PC de aquí sigue obstinado en él sin comprender el fenómeno progresista que representa el gobierno de Perón” (1953b, s/p). Alejados del PC y de su abrazo, acercarse a una experiencia como la de Bolivia tenía también mucho de opción laboral cuanto de reconocimiento político-intelectual por fuera de la cultura comunista, y de los ámbitos letrados porteños, en el que ni Dujovne ni Ortiz figuraban como intelectuales relevantes —a pesar de la importancia que, en el caso de Dujovne, tuvo su función de editor (Petra, 2012). En 1952, además, el PC redefinía su acercamiento al peronismo, con el que la revolución del ‘52 fue asociada más de una vez (Gurbanov y Rodríguez, 2012; Jáuregui, 2012; Prado Acosta, 2013; Petra, 2018).⁴

Dujovne les propuso a su mujer e hija, una jovencísima Alicia Dujovne, que hicieran un viaje a la Bolivia de la revolución. Ortiz ya había hecho otro viaje en esas mismas condiciones pero a Europa, que publicó y tuvo a diferencia de *Amanecer en Bolivia* una reseña breve en uno de los suplementos culturales más importantes: el del diario *La Nación*. En julio de 1953, *Amanecer en Bolivia* ya estaba impreso y, pocos meses después, ya había llegado, por ejemplo, a

⁴ Véase, para un panorama somero de la recepción de los hechos bolivianos en la prensa comunista, las referencias en la bibliografía a las publicaciones *Última hora*, *Panorama del mundo* y *Propósitos*.

la redacción de ese diario, según consta en el ejemplar del 20 de diciembre (Segunda Sección). Pero no tuvo reseñas, ni en ese matutino ni en otras publicaciones como *La Prensa, Argentina de Hoy* o *Verdad para Latinoamérica*, ni tampoco en *Propósitos* o *Cuadernos de Cultura* (la primera, compañera de ruta del comunismo, y la segunda, una publicación del partido). Para el ámbito cultural porteño, el libro no era urgente.

El libro, las cartas, el pueblo

La Revolución en Bolivia fue liderada por el MNR, varios de cuyos miembros operaron desde el exilio en el Río de la Plata. El economista Víctor Paz Estenssoro, líder de la revolución y presidente de Bolivia entre 1952-1954, vivió en Buenos Aires y en el departamento de Minas (Uruguay) entre 1949 y 1951.⁵ El levantamiento comenzó el 9 de abril de 1952 hasta la toma de la ciudad de La Paz y el control de las principales ciudades el 11 de ese mismo mes. El MNR había ganado las elecciones en 1951, pero el presidente en ejercicio Mamerto Urriolagoitia declaró que ese resultado era un peligro para la democracia y entregó el gobierno a una junta militar. La lucha revolucionaria tuvo como uno de sus pilares la legitimidad de unas elecciones democráticas, y al mismo tiempo el MNR y sus seguidores se presentaron como quienes regenerarían Bolivia ampliando derechos políticos y sociales, y redistribuyendo los ingresos de la “rosca minera feudal”. Es decir, pondría coto a las familias Aramayo, Hostschild y Patiño quienes, titulares de las minas de estaño, conformaban un conglomerado de presión política y económica. En Bolivia, se dividían la prensa periódica y los canales informativos entre las tres: *La Razón* era propiedad de la familia Aramayo, Hostschild controlaba *Última Hora*, y Patiño *El Diario*. El dominio de

5 En 1943, el militar Gualberto Villarroel encabezó un golpe de Estado con el apoyo del MNR y de Radepa, un partido filonazi. Si bien bajo su gobierno se llevaron a cabo una serie de reformas que beneficiaron a los sectores populares, y en especial a las poblaciones originarias, el gobierno persiguió y reprimió a la oposición. Se acusaba a los líderes del MNR de cooperación con el gobierno argentino y de su filiación con el régimen nazi y hubo presión internacional para apartarlos. En 1946, fuerzas civiles y militares derrocaron a Villarroel, quien fue linchado y colgado de un farol en la Plaza Murillo. (Dunkerley, 2003: 31-34).

la prensa complementaba la influencia de sus hombres en el gobierno (Dunkerley, 2005: 34).

El viaje de Ortiz y su hija a Bolivia abarcó aproximadamente desde diciembre de 1952 hasta marzo de 1953, según consta en el libro y en la correspondencia disponible. Por más que fue publicado en julio, el periplo duró desde los festejos de Navidad y Año Nuevo hasta carnaval. Ortiz llegó junto a su hija a Bolivia en tren y atravesó para ello la frontera entre la Quiaca (Argentina) y Villazón (Bolivia). En esa primera frontera, ya había encontrado otras que no referían a las nacionales sino a las que estaban marcadas por el color de la piel, las costumbres o la clase. Una residente porteña encontraba en el pueblo de León, en la provincia de Jujuy, una primera marca indígena en el mercado donde unas mujeres, sentadas “a la usanza oriental” con sus polleras y niños, le hacían preguntarse: “¿Eran argentinas? ¿Qué teníamos en común”, o asegurar que: “Me parecía imposible, no solo que hablaran nuestra lengua sino hasta que razonaran como nosotros. Tan extrañas las sentíamos sobre el fondo de un paisaje distinto” (Ortiz, 1953: 10). Eran una pregunta abierta a lo que hacía que ella y ellas fueran ciudadanas de un mismo territorio y se rigiesen por las leyes, los derechos y obligaciones de un mismo Estado, que cantasen un himno y compartiesen una bandera. Pero el eje de estas preguntas y afirmaciones estaba en la raza y no en que fueran campesinas. La diferencia entre ella y esas otras estaba marcada por una “transición a otra realidad social” donde la pobreza boliviana se le presentaba con otro acento “menos pudoroso y más patético” (12). El ingreso a Bolivia fue narrado a partir de un trayecto por lo mismo y por lo distinto: dos Estados, dos naciones, una escala de pobreza, el componente “indio” compartido. A lo largo del libro, se repite un protocolo: el de la escritura vinculada a la literatura social, que funcionaba como denuncia y como apuesta político-ideológica de escritores-intelectuales-militantes de las izquierdas o de sus aliados y aliadas (Saítta, 2006; Korn, 2017; Petra, 2018). *Amanecer en Bolivia* se perfilaba *in toto* como el análisis de una sociedad, la narración de una historia en el marco más amplio de las historias de explotación a las poblaciones originarias, al mismo tiempo que lo hacía recuperando una apuesta estética propia de esa literatura: una función específica del hecho estético, la transformación social.

Anna Zulawski (2010: 208) estudió cómo Ortiz y Ernesto Guevara de la Serna –antes de transformarse en el Che– compartieron un modo de calibrar los hechos de la revolución, a partir de una caracterización del pueblo de Bolivia. En parte repetían los prejuicios sintetizados en el libro *Pueblo enfermo*, del escritor Alcides Arguedas. Guevara viajó a Bolivia en 1953, y consideró al MNR y al liderazgo de su líder, Paz Estenssoro, como demagógico, con lo que “los indios” eran objetos y no sujetos de las acciones revolucionarias. Tradujo en clave boliviana las observaciones propias de diversas fracciones del anti-peronismo y el análisis respecto a las cualidades del líder, Perón, y de sus seguidores. Ortiz insistió en la pasividad de “los indios” y en el carácter “evolutivo” del desarrollo de sus luchas. De hecho, definió al dirigente Gavino Apaza como un “indio evolucionado, politizado” (1953: 9). Pero, aun así, a diferencia de Guevara consideró que el liderazgo de Estenssoro y del MNR era legítimo porque había otorgado “al indio oprimido su jerarquía social y humana” (9). Se preguntaba si “¿No será que el MNR ha descuidado la tarea de organizar a los indígenas en comités campesinos, dándoles personalidad política?” (9). En el relato de Ortiz, el lugar de “los indígenas” se encuentra delineado ya en el sentido en que Rivera Cusicanqui (2010) analizó la retórica del MNR en el poder: no había referencias a la serie de levantamientos indígenas, alguno de los cuales había ocurrido pocos años antes. Como una hendidura que se abrió paso en el propio razonamiento, la caracterización del sufrimiento indígena y de la capacidad de liderazgo del MNR no invalidaron la importancia de ese actor. El triunfo de esa retórica no estaba del todo saldado: el borramiento del pasado de luchas indígenas no podía ser hecho en el presente. ¿Quiénes podían o no tomar la palabra? ¿Dónde residía esa legitimidad? O, desde otro punto de vista: ¿qué asunción de lo político, en el sentido de una forma social que legitima el quehacer de la política, estaba en juego? (Rosanvallon, 2003).

En una de sus cartas, Dujovne le escribió a Ortiz que esta era “una aventura más grande que la de Europa, y no solo por el extraordinario exotismo y singularidad del país, sino por el clima y la efervescencia revolucionaria” (1953a, s/p), se trataba así de “quizás el proceso social latinoamericano más importante, una revolución antifeudal y antiimperialista que recién está en sus comienzos” (s/p). ¿En qué sentido “más grande”? Para Dujovne, el proceso era

inconmensurable y, a la vez, comparable a un viaje de placer a Europa; la revolución en Bolivia debía ser inscrita en la serie de otras (en América Latina, la de México en 1910; allende el Atlántico, la bolchevique de 1917). Estaba en juego el valor del relato, que incorporaba entonces la cualidad extra de “palpar en vivo” una revolución. Más aún, del acercamiento a una realidad *otra*: “Cuando vayas a aldeas indígenas alejadas de algún fundo tratá de hacer hablar a un curaca, es decir el jefe indígena de la aldea que a lo mejor será menos callado que el común de los indios” (s/p). Dujovne con su doble aclaración (respecto de la diferencia entre el curaca y el resto de su comunidad; y la *traducción* del sentido de la palabra curaca) imponía una autoridad: mientras la testigo/protagonista adquiría ese *plus* del “en vivo”, ese *plus* parecía diluirse frente a la palabra justa del marido lejano (el “es decir” seguido de la traducción). E impuso también la autoridad de una descripción remanida respecto del “silencio” del “común de los indios”.

Sería de sumo interés sacarles su opinión sobre esta revolución, qué esperan de ella y qué piensan hacer, aunque todo esto te lo digan en dos palabras... Mira por el costado obrero y de clase media de la revolución, es importante, decisivo pues son los núcleos rectores, aunque dentro de poco será el indio campesino el héroe de esta gesta sudamericana (s/p).

En un párrafo, está sintetizada la serie de sentidos asociados a la relación entre “indígena” + “revolución”. Eran sujetos de esa revolución, y eran objetos del testimonio revolucionario (“sería de sumo interés sacarles”) aunque no hubiera aún núcleos rectores singularizados en la clase media y el movimiento obrero. El relato de Ortiz sobre la VI Convención partidaria también se encuentra organizado en función de la dualidad liderazgo-pueblo, y la particularidad del pueblo boliviano mayoritariamente “indígena”: la apuesta es sobre el *futuro* de la revolución, declinado como una “evolución”. *Evolución*, además, que planteaba un hito en la capacidad regenerativa de la educación. Un “dirigente obrero” le había explicado a Ortiz que el peligro de la revolución radicaba en “el atraso del pueblo que lo hace presa fácil de cualquier demagogo reaccionario, porque está solo emocionalmente con este gobierno, no sabe de planes y lo espera

todo de un día para otro” (1953: 63). Y a pesar de ello, según la escritora “el hombre, por atrasado que sea, es un ser pensante” (63) y podía ya distinguir “la nota falsa de la verdadera” (63). En otro momento, como testigo de un desfile en apoyo a Víctor Paz Estenssoro luego de un intento de golpe contrarrevolucionario, Ortiz explicó cuál era el *pueblo* protagonista de esa revolución:

Rostros curtidos con expresión inmóvil, cabellos negros y duros como alambres, bocas verdes de coca, pómulos salientes, ojos estirados, gorros de lana multicolores, chambergos grasientos y agujereados, y rostros y más rostros tallados en piedra, cientos de rostros parecidos, iguales, indiferenciados como los rostros de los japoneses o de los chinos, pasaban y pasaban en silencio, las mandíbulas apretadas, por la decisión y el fusil contra el pecho. Ese fusil al hombro que había conquistado con sangre en las horas de la guerra civil quitándose al militar *rosquero* es su garantía. Ningún ejército arrasará ya con la indefensa población de Catavi ni ahogará en sangre ninguna huelga proletaria, porque el ejército de la Rosca no existe, el pueblo tiene sus armas y sólo las pondrá en manos de quienes confíe en que no podrá traicionarlo.

Atrás desfilaban los empleados públicos, las mujeres, los estudiantes, la masa de los funcionarios del Estado. No los miramos. En nuestra imaginación quedó el rostro multiforme, uno y obstinadamente repetido; el rostro del obrero indio, el rostro del indio campesino que se volcó a las calles abrazado a ese fusil conquistado con sangre en horas demasiado cercanas para ser olvidadas. (1953, 62)⁶

Dujovne hizo lo propio en una de sus cartas a Reinaga:

¿Qué pasa aquí? Argentina es predominantemente blanca, de antiguo origen español y más reciente, de italianos, de judíos, de alemanes, de esclavos, etc. Desde Córdoba para arriba se vé más al criollo y al mestizo, pero, después de todo, predomina el blanco. El Brasil es negro, mulato, zambo, mestizo con indio tupí, y las decenas

6 Catavi es el nombre de un complejo minero. En 1949, la patronal con apoyo del gobierno masacró a los mineros que habían comenzado una huelga, justificándose en que había sido una intentona del MNR.

de variantes que dan todas estas mezclas con el hombre portugués. San Pablo es casi todo italiano. Chile es uniformemente criolla. Bolivia tiene una élite fundamentalmente mestiza, con un fuerte conglomerado de cholos, pero predominan absolutamente los indios quechuas y aymaras, y de otros orígenes nacionales indígenas. Lo mismo pasa en la sierra peruana. En la costa predomina el mestizo, casi blanco entre la gente rica, mientras la masa popular ya es bastante más oscura, con más porcentaje de indio o de negro, y hasta de chino. Colombia no se parece a Venezuela desde este punto de vista. Los del sur son indios, sus clases cultas blancas, los del norte negros o con bastante porcentaje de negro. ¿Para qué hablar del mosaico de razas que constituyen Centro América y el propio México? En suma: que entre un porteño, desde este punto de vista, y un hombre del pueblo boliviano, hay la diferencia que existe entre un parisino y un mongol (1953b, s/p).

En los párrafos antecedentes reverberan muchos de los sentidos comunes relativos a la suerte de opacidad-silencio de la figura del “indio”; o la idea de que no había habido, hasta la revolución, resistencia. La comparación con “chinos” y “japoneses” que usó Dujovne los ubicaba en una situación de exotismo y extranjería: qué tipo de revolución era esta, cómo ingresaba en “Occidente”. La insistencia de Ortiz en el protagonismo del “indio” como un “rostro multiforme, uno y obstinadamente repetido” constituía una marca distintiva. Dujovne incluyó una observación étnico-racial cuya comparación final resuelve la serie en una división entre Oriente-Occidente, entre el “lejano Oriente” y una sinécdoque de civilización: París.

Dujovne (1953e) recuperó las palabras de su mujer en la correspondencia con Reinaga (“vea Ud. el caso que me relató Alicia”, “en las conversaciones de Alicia” y “No obstante, la impresión de Alicia”). La mención de las palabras de la testigo funcionaba a dos niveles. Por un lado, legitimaban por interpósita persona (una testigo de confianza) un pasado que avalaba su militancia comunista en Bolivia y Perú. Y por el otro, la distancia de los hechos le permitía ser el mejor interlocutor para calibrar los aciertos y yerros del comunismo, esto es, por qué debía ser considerado como un actor político necesario para resistir los embates contra la revolución. Diferenció, además, el comunismo argentino del comunismo boliviano, al

menos en lo que concernía a la capacidad del segundo de ser incorporado a la lucha por la revolución:

No obstante, puedo hacerme una idea de aquella realidad, [entre comillas, agregado en azul], por lo que me ha contado Alicia, a su regreso de su viaje, [por aquellas tierras, tachado], y por el conocimiento anterior que tengo de Bolivia y Perú (entre [agregado en tachado “por”] los años 1928 al 32, cuando yo formaba parte de la Dirección de la Confederación Sindical Latinoamericana con sede en Montevideo, tuve ocasión de estar quince días en La Paz, asesorando a compañeros bolivianos, para poner los primeros peldaños de sus sindicatos; estuve también seis meses en Lima, por el año 30, parando en la casa de la viuda de Mariátegui con los mismos propósitos (1953b, s/p).

La imagen del pueblo revolucionado es la imagen de un rostro que pareciera no tener diferencias y aun así, estas aparecen mostrando las capas sociales de un proceso en el que, al menos para el matrimonio Dujovne-Ortiz, “los indios” debían ser incorporados. Era, al mismo tiempo, una paradoja concreta respecto de la cualificación de una capacidad –política– de actuar: un pueblo en vías de *evolución* vía la *revolución*. Como si se tratara de una relectura en clave evolutiva de los ensayos que el peruano José Carlos Mariátegui había publicado en 1928 vinculados a la relación entre marxismo e indigenismo, y entre marxismo y nación, Dujovne y Ortiz recuperaban esas preguntas respecto de revoluciones que, como la de Bolivia, escapaban a las imaginadas por el comunismo argentino y boliviano. Y, aun así, necesitaban volverlas comprensibles en una mirada que recogía de los viejos arcanos del evolucionismo decimonónico muchos de los análisis relativos a las *masas* (Laclau, 2005: 53).

Estrategias comunicativas

La solapa de *Amanecer en Bolivia* presentó un argumento de compra que no invalidaba el carácter excepcional con el que promocionaban el libro y su valiosa intervención en la coyuntura. El libro, se aseguraba en la solapa, permitía un análisis mucho más afinado y real que el del diario. Con su lectura era posible “extraer

conclusiones político sociales para las que de ningún modo basta, desde lejos, la lectura del telegrama aislado con que el diario refleja las cosas confusamente por exceso de parquedad”. ¿El diario era parco? Dependiendo de qué publicación tomemos, podríamos pasar de las páginas dedicadas por la prensa peronista (entre ellas el diario *La Prensa*), o el tipo de análisis de la revolución que hacía la prensa comunista –que desacoplaba el levantamiento popular del liderazgo del MNR, dándole legitimidad mayor al primero que al segundo–. El diario *La Nación*, por el contrario, apenas tomaba las mínimas referencias –la parquedad– de los cables noticiosos. Cables que, por el contrario, allende el Río de la Plata, encontraban en la prensa montevideana mucho mayor despliegue (a favor y en contra).⁷

Pero la referencia a los telegramas y a la parquedad deberíamos poder leerla en serie con las palabras de Dujovne sobre la necesidad de la información, de la propaganda y con las referencias que hacía Ortiz dentro del libro: la importancia de la educación y del conocimiento de la revolución. ¿Contra qué o quiénes luchaban en el ámbito informativo?

Era una lucha cuerpo a cuerpo, una batalla por la información que se sabía en múltiples planos. El telegrama era, también, el producto de una red concreta de producción y distribución informativa que había merecido al menos dos informes de la UNESCO (1953 y 1954). Era un tema sensible en el marco de la Guerra Fría, y lo había sido durante la Segunda Guerra Mundial como política de Estado en países que fueron o no protagonistas de esos enfrentamientos. Pero, en este caso en particular, se trataba de una revolución cuya estabilidad y duración eran mensuradas de acuerdo al alcance y eficacia de una batalla informativa.

Una vez que la revolución se había puesto a andar, que estaba disputando concretamente la ampliación de derechos y la legitimidad de hacerlos valer (universalización del voto, nacionalización de las minas, discusión sobre la reforma agraria, entre otros), pero que también revisaba las apuestas económicas que habían hecho de

7 Por cuestiones de espacio no me detendré en detalle pero véanse en la bibliografía algunos ejemplos de los diarios *Acción*, *La Mañana*, *El Debate*, *El País*, *El Sol* y *Justicia* (vinculados a los partidos colorado –los dos primeros–, ruralista, blanco, socialista y comunista respectivamente).

Bolivia un país subdesarrollado (en el léxico que ya era parte del diccionario del análisis económico-político de la época), Dujovne se preguntaba cómo podría sostenerse en el tiempo. La pregunta no estaba hecha en el aire, sino dirigida a un funcionario de esa misma revolución, con quien tenía una amistad por correspondencia y a quien insistió en exponerle lo que consideraba central: algún tipo de planificación, desde la economía hasta la comunicación de los hechos revolucionarios. En otras cartas a Reinaga, insistió en los modos en que debería manejarse la comunicación, el MNR y la territorialidad de su prédica. Propuso entonces realizar un “boletín semanal” de información que podría seguir los pasos de la publicación rusa *El Campesino* a los efectos de comunicar la reforma agraria. Insistió también en que era de suma importancia contar con “un diario, en suma, instrumento de organización, de propaganda y de agitación, y sobre todo educativo, para la nueva nación boliviana”. Y de la imperiosa necesidad de crear una Comisión Nacional de Planificación, de la que será funcionario un año después (1953d: s/p, subrayado en el original).

Dujovne tenía en claro que el valor propagandístico era un baluarte de toda revolución hacia dentro de las fronteras y hacia afuera: cómo convencer de que se trataba de una revolución popular, no vinculada al nazifascismo, y, al mismo tiempo, no financiada por el peronismo. En efecto, la acusación de nazifascismo estaba delineada en valorar la participación de varios líderes del MNR en el gobierno de Villarroel, quien había logrado su victoria gracias, también, a la participación de una logia como Radepa, de raigambre fascista. A la vez, para un diario como el estadounidense *The Washington Post*, la revolución “juega un papel en las aspiraciones de Perón de formar un block antiestadounidense en la América Latina” (cfr. *El Debate*, 1952: 13). Lo interesante es que la revolución también había sido acusada de comunista –aunque dentro del MNR la nota anti-comunista era de mucho peso– (Ortiz, 1953: 57). En definitiva, tanto Ortiz como Dujovne insistieron, cada uno a su modo, en la importancia de dotar de contenido a ciertos términos, como, por ejemplo, el de “democracia”. Si, en efecto, la revolución tenía legitimidad antes que nada porque el MNR había ganado las elecciones en 1951, se trataba del respeto de la soberanía popular, de la justicia por la cual los y las desposeídos/as históricamente recuperarían su lugar en el mundo.

Ortiz narró un encuentro con el dirigente minero Juan Lechín, y allí encontramos una apuesta *literal* por traducir el sentido de democracia esgrimido. Para Lechín, “La democracia en nuestro país está con la Rosca” (Ortiz, 1953: 45). Ortiz le aclaró que “Hay términos –le contesté– que tienen un sentido más lato que el que frecuentemente le damos. Yo pienso que con la democracia hay un malentendido, no solo aquí sino en la Argentina”. Ese “malentendido” debía explicarse en que, para Ortiz, la democracia “no es un partido político ni un conjunto de partidos políticos sino un ideal de la humanidad que presupone libertades sociales y derechos humanos”. Por el contrario, para Lechín la democracia empleaba “bellos términos” pero “en la práctica se alía con el imperialismo, a pesar de sus libertades sociales y sus derechos humanos. Antes que eso prefiero un poco de totalitarismo”. Frente a esta afirmación, Ortiz se vio compelida a aclarar a lectores y lectoras el uso que Lechín le daba a “totalitarismo”. Como para que nadie se escandalizara, Ortiz aseguró que lo de Lechín era una exageración: porque creía encontrarse frente a una “señora con mucho tiempo libre y unas cuantas ideas insípidas y desmayadas, tejidas sobre la trama remanida del viejo ‘Libertad, igualdad y fraternidad’”. Por todo esto, el MNR no tenía “asomo de totalitarismo”: ella había estado allí, lo había “comprobado” (45-46).

La comunicación de los hechos revolucionarios y de las medidas del gobierno del MNR merecía así un primerísimo lugar. Se trataba de hallar la palabra justa, y de los medios efectivos y eficaces para comunicarla. No en vano la Rosca había utilizado al rumor como un “arma” (Ortiz, 1953: 40). Tanto para Dujovne como para Ortiz se volvía necesario *estabilizar el sentido* de algunos términos y la explicación de ciertos hechos –su condición histórica– en el entramado de las discusiones y posiciones ideológicas y políticas en la Segunda Guerra Mundial y la posguerra, que tramaban necesariamente las disputas locales con las lógicas y disputas globales. Era fundamental informar de un modo claro y preciso, pero cuando fuese necesario también comunicando a medias, las apuestas, proyectos y definiciones políticas de la revolución en Bolivia. Como aseguró Dujovne para el caso de las medidas de la revolución: “se trata de confiscar sin indemnizar la tierra, pero presentando este hecho

revolucionario como una reforma” (1953b, s/p). Todo se transformaba en una batalla contra el tiempo, y de acciones en una estrategia informativa:

Por lo menos, y en forma urgente, aunque más no sea a título propagandístico, es de urgencia que se elabore una nueva declaración de principios y de derechos de los obreros, campesinos y ciudadanos de Bolivia en general. Al respecto, me viene a la memoria el Lenin de los primeros tiempos de la revolución de octubre. Cada día, en aquellos primeros momentos, aparecían uno o varios decretos fundamentales, que se sabía que no podrían cumplirse ni realizarse, pero que tenían un inmenso valor movilizador de organización de las masas y, también, por las dudas, por si el régimen soviético caía, para que se recordara al menos, en el futuro, lo que se había querido hacer (1953d, s/p).

La voz de la revolución debía correr sin pausa: tenía una función específica, la de la organización de las masas, la educación política de un pueblo, el reaseguro del tiempo revolucionario. La palabra tenía que ser, además, justa para definir y explicar procesos sociales, económicos y políticos.

Conclusiones

Para Dujovne, era necesario tener en cuenta el lugar de quien recibía la información, del formato en el que esta era distribuida, pero también estaba la aceptación de una “jerarquía” desplegada por los hechos revolucionarios. Se trataba de una apuesta inestable: entre la fuerza de una transformación y sus límites concretos; entre la capacidad de esa transformación por quienes no tenían ya más nada que perder y los límites de hasta dónde podrían llegar; entre la consideración de que había en efecto una *evolución* propiciada por un conocimiento a ser compartido, que entonces sostuviera a la revolución en el tiempo. Tanto Ortiz como Dujovne tenían en claro el papel de la información y de la propaganda, de sus *tempo*s: aquellos que serían necesarios para sostener ese otro *tempo* de la planificación. Había entonces que ganar tiempo, el que llevaba la organización de una economía como la de Bolivia, de notoria dependencia de

capitales extranjeros, y más específicamente del precio del estaño. Al contar las semblanzas de funcionarios del nuevo gobierno, y de quienes vivían y trabajaban en las minas, Ortiz revisó la capacidad de resistencia de un pueblo que podía ignorar muchas cosas, pero no olvidar la humillación a la que había sido sometido. Ortiz y Dujovne tenían otras imágenes de otras revoluciones (la soviética, la mexicana, pero también la china y la iraní), incluso Dujovne había participado como miembro de un partido revolucionario en el poder en la URSS. También eran conscientes de procesos que aunque no considerasen revolucionarios, como el peronista, merecían algún tipo de análisis mucho más sofisticado que el que los comunismos de Bolivia y Argentina habían hecho. El “pecado” al que Dujovne hizo referencia estaba en ignorar o negar el valor y alcances de los hechos en Bolivia, como había ocurrido con el peronismo en Argentina. Pero, también, y a pesar incluso de sus propios considerandos, se trataba de combatir otro pecado: la ignorancia o incomprensión del peso que tenían, en definitiva, quienes finalmente habían hecho la revolución. En cualquier caso, era tan fundamental definir la real importancia de esa revolución como la caracterización del *pueblo*. Y allí estaba el problema de su análisis, porque paradójicamente no podían desacoplar revolución de *evolución*.

Bibliografía

S/F. (1952). “Continúa Corriendo la Sangre en Bolivia”. En *Acción*, Montevideo, jueves 10/04/1952, Año IV, no 1.237, tapa.

S/F. (1952). “Otra vez la calumnia internacional”. En *El Debate* N° 7457, Montevideo, Domingo 20/04/1952, Año II, 3.

S/F. (1952). “Pobre América!”. En *El País*, Montevideo, jueves 10/04/1952, Año XXXIV, no 10.687, 2.

S/F. (1952). “Los Sucesos de Bolivia”. En *El País*. Montevideo. 13/04/1952. Año XXXIV, no, 10.689, 3.

S/F. (1952). “La Revolución Boliviana”. En *El País*, Montevideo 20/04/1952, Año XXXIV no 10.696, 2.

S/F. (1952). “Las reformas radicales en lo económico”. En *La Mañana*, Montevideo, 20/04/1952, no 12511, tapa.

S/F. (1952). “Defensa de la Democracia”. Editorial. En *La Razón*, Buenos Aires, 16/03/1952, 4.

S/F. (1952). “El gobierno popular de Bolivia”. En *La Prensa*, Buenos Aires, 17/06/1952a, 4.

S/F. (1952a). “En Bolivia se produjo ayer un golpe sedicioso”. *La Nación*, Buenos Aires, Año LXXXIII no 29000. 9/04/1952, tapa.

S/F. (1952b). “Tomó el poder en Bolivia el Dr. Siles Suazo”. En *La Nación*, Buenos Aires, Año LXXXIII, no 29.002, 13/04/1952, tapa.

S/F. (1952). “El Pueblo Decidió en Heroica Lucha La Suerte del Levantamiento de Bolivia”. En *Nuestra Palabra*, Buenos Aires, Año III, no 103, Buenos Aires, 22/04/1952, 2.

S/F (“de nuestro corresponsal”). (1953). “Los Obreros y Campesinos Bolivianos en Lucha contra el Imperialismo, la “Rosca” y el “Gamonalismo”. En *Panorama del Mundo*, Buenos Aires, Año II, no 1, enero de 1953, Buenos Aires: Anteo.

S/F. (1952). “Nacionalización pide el obrero boliviano”. En *Propósitos*, Buenos Aires, Año I, no 9, 16/05/1952, 2.

Anaya, R. (1952). “La nacionalización de las minas de estaño en Bolivia”. En *Propósitos*, año I, no 8, 1.

Arze Cuadros, E. (2002). *Bolivia, el programa del MNR y la revolución nacional. Del movimiento de Reforma Universitaria al ocaso del modelo neoliberal*. La Paz, Plural.

Colombi, B. (2006). “El viaje y su relato”. En *Latinoamérica*, no 43, 11-35. México, UNAM.

Cruz Gustavo, R. (2010). *Los senderos de Fausto Reinaga. Filosofía de un pensamiento indio*. La Paz, Plural.

Dujovne, A. (2010). “Prólogo: Las dos escaleras”. En *Infancia entre dos esquinas*. Buenos Aires, Libros del Zorzal.

Dujovne, C. (1953a). Carta a Alicia Ortiz, 8 de enero de 1953. Correspondencia de Carlos Dujovne, inédita.

_____. (1953b). Carta a Fausto Reinaga, 1 de mayo de 1953. Correspondencia de Carlos Dujovne, inédita.

_____. (1953c). Carta a Fausto Reinaga, 13 de julio de 1953. Correspondencia de Carlos Dujovne, inédita.

_____. (1953d). Carta a Fausto Reinaga, 24 de agosto de 1953. Correspondencia de Carlos Dujovne, inédita.

_____. (1953e). Carta a Fausto Reinaga, 27 de septiembre de 1953. Correspondencia de Carlos Dujovne, inédita.

Dunkerley, J. (2003). *Rebelión en las venas. La lucha política en Bolivia. 1952-1982*. La Paz, Plural.

Espolón [seudónimo de Emilio Frugoni] (1952). “Dos Sorpresas de la Actualidad Internacional”. En *El Sol*, 15 de abril, año XII, no 506, tapa. Montevideo.

Gurbanov A. y S.J. Rodríguez (2016). “Los comunistas frente al peronismo: 1943-1955”. En *Temas de Historia Argentina y Americana* 24. Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/comunistas-frente-peronismo-1943-1955.pdf> (Consulta: 28/08/2018).

Herrera, C. (2014). “Apoyando al peronismo desde la izquierda: *Argentina de hoy*”. En Panella, C. y Korn, G., *Ideas y debates para la nueva Argentina. Revistas culturales y políticas del peronismo (1946-1955)*. Buenos Aires, EPC-Facultad de Periodismo UN La Plata.

Herrera, F. (1952). “El Significado de los Nuevos Acontecimientos de Bolivia”. En *Nueva era*, año III, no 2, marzo-junio, 12-20. Buenos Aires.

Korn, G. (2017). *Hijos del pueblo. Intelectuales peronistas: de la Internacional a la Marcha*. Buenos Aires, Las Cuarenta.

Petra, A. (2017). “El libro comunista, entre la política y el mercado. El caso de la editorial Problemas (1939-1948)”. En *LIVRO. Revista do Núcleo de Estudos do Livro e da Edição (NELE)*, 6, São Paulo.

_____. (2018). *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Piriz, H. (1952). “¿Qué hay tras la cuestión boliviana?”. En La semana internacional, *Justicia*, no 5286, 25 de abril, 3. Montevideo.

Plante A. (2011). “La vida es un tango”. En *Página 12*, 13 de febrero. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/libros/10-4168-2011-02-13.html> (Consulta: 15/08/2018).

Prado Acosta L. (2013). “Concepciones culturales en pugna. Repercusiones del inicio de la Guerra Fría, el zhdhanovismo y el peronismo en el Partido Comunista argentino”. En *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Disponible en: <http://journals.openedition.org/nuevomundo/64825> (Consulta: 15/08/2018).

Pratt, M. L. (1998). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires, Quilmes.

Ramírez Novoa, E. (1952). “La Revolución Popular de Bolivia”. En *Acción*, año IV, no 1241, 15 de abril, 3. Montevideo.

Rojas, R. (2016). *Traductores de la utopía. La Revolución cubana y la nueva izquierda de Nueva York*. México, Fondo de Cultura Económica.

Ulianova, O. (2008). “Develando un mito: emisarios de la Internacional comunista en Chile”. En *Historia*, vol. 1, no 41, enero-junio, 99-164.

Ortiz, A. (1953). *Amanecer en Bolivia*. Buenos Aires, Hemisferio.

Ortiz, A. (1956). Carta a su madre, S/F. Correspondencia inédita. 1953-1956.

Quirós García J. (1956). *La raíz y las hojas: crítica y estimación*. Buriball, Bolivia.

Rivera Cusicanqui, S. (2010). “Oprimidos pero no vencidos”. La Paz, Huibol.

Stefanoni, P. (2010). “*Qué hacer con los indios...*” *Y otros traumas irresueltos de la colonialidad*. La Paz, Plural.

UNESCO (1953). *Les agences télégraphiques d'information*. Paris, Unesco. Disponible en: <http://unesdoc.unesco.org/images/0013/001356/135686fo.pdf> (Consulta: 15/08/2018).

Williams, F. (1954). *Las telecomunicaciones y la prensa*. París, Unesco.

Zulawski A. (2010). “The National Revolution and Bolivia in the 1950s: What Did Che See?”. En Drinot, P. (ed.), *Che's travels: The making a revolutionary in 1950's Latin America*. Duke, Duke University Press.